

---

# **MALAS PALABRAS**

## **ENTREVISTA A CÉSAR GONZÁLEZ**

**ROCCO CARBONE**  
**ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA**

---

---

### ¿Por qué *El niño resentido*?

El libro existe, fundamentalmente, por iniciativa de la editora de Random House, Ana Pérez, quien fue la que me propuso, la que trajo la idea concreta de escribir una autobiografía. Una idea que en principio me resultaba lejana a mí de deseo. Si no fuera por ella a mí no se me hubiese ocurrido, porque estaba y estoy enfocado en el cine, no solo en la realización sino en la investigación o el pensamiento del cine. Y al comienzo, rechacé la propuesta hasta que con el avance de la pandemia y ver como se me acotaban las propuestas laborales—porque la estaba pasando muy mal en términos económicos—empecé a ver la propuesta con otros ojos. Y una vez que empecé a escribirlo hubo un momento de mucha lectura de biografías o autobiografías, como las de Angela Davis, pero también más literarios como el *Diario de un ladrón* de Jean Genet, pasando por los beatniks, inclusive por Roberto Arlt que, más allá de que nunca escribió una autobiografía, su escritura estuvo siempre cargada de su experiencia vital. Pero también *Las tumbas* de Enrique Medina, Jack London o Melville, es decir, escritores que escribieron sobre lo que vivieron y si no lo vivieron lo conocieron en primera persona. Pero no fue solamente una motivación económica. Siempre tuve propuestas económicas seductoras a lo largo de mi vida, pero si no estaba el deseo no me movilizaba. Encontré en este libro, lo mismo que encontré en mis primeras películas: la oportunidad de que la gente se acerque al mundo de la villa. Siempre vi con sospecha este género, porque forma parte del espíritu de la época: todo lo que está basado en hechos reales y se le pone la primera persona atrae al público. Entonces me dije, “voy a hablar de mi vida, y voy a hacerlo en primera persona, pero como pretexto para hablar de montones de vidas”. Que mi vida sea la oportunidad de reflejar los que viven miles de personas en estos barrios.

**Vos, cómo lector spinoziano, ¿por qué elegiste al resentimiento para contar a ese niño? ¿Acaso no había pasiones alegres que le ganaran a la tristeza? Vos mismo lo decís cuando decís: “Cuando sos delincuente y tu albergue es la calle no hay un segundo de aburrimiento. La vitalidad es un deber. Todo es una orgía, una festividad excesiva, no importa el día ni el horario.” ¿No te parece que el título es un poco injusto con aquel niño?**

No, para mí no es injusto, es preciso. A ver... primero, porque para mi resentimiento no es sinónimo de tristeza, ni de impotencia. Me parece una palabra maldita, una palabra que nadie elige para describirse o definirse. Y segundo, porque necesitaba un título que produzca un efecto frontal, un título... te iba decir irónico, pero incluso cínico. Es cierto lo que me señalás, en medio de toda esa miseria que relata el libro, siempre había momentos de alegría, de belleza, de amor. Pero el libro termina donde termina, sin apelar a ningún tipo de redención, porque efectivamente yo sentía un resentimiento con la

sociedad, sentía un resentimiento con la desigualdad y la pobreza que había tenido en mi vida. Ahora, cínico también porque a lo largo de todos estos años hubo mucha gente, acá y en el exterior, en diversos ámbitos, que me ha dicho que yo estaba muy resentido, “qué pena que estés tan resentido”. Entonces me dije, “bueno, me voy a hacer cargo de lo que me dicen”. También hubo un texto de Mark Fisher [“¡Viva el resentimiento!”] que me hizo resignificar al resentimiento, el odio, que me llevó a abrir esta palabra tan fija, tan clausurada, a encontrarle nuevos significados.

**Nos llamó la atención los párrafos que le dedicaste a la depresión, jóvenes que conocen muy temprano la tristeza, y deben lidiar con ella desde muy temprano. Nosotros pensamos que hay que leer la cultura de la dureza al lado de la cultura de la fragilidad. A veces la dureza es un camino hacia la fragilidad y otras veces la fragilidad es un camino a la dureza. Pero sospechamos que la fragilidad y la dureza son experiencias que se viven simultáneamente. ¿Cuál ha sido tu caso?**

Mirá, es una relación compleja. Estoy de acuerdo con esta idea de que son simultáneos porque éramos los pibes duros del barrio, los rudos, los que hacíamos gala del rechazo del barrio, del odio que nos tenían los vecinos. Siempre redoblábamos las apuestas, pero a la vez había momentos de llantos como cuando se nos moría o mataban a alguien, cuando recordábamos a alguien que hasta hace unos meses pateaba con nosotros, había momentos de amor. Y eso también lo seguí viviendo en la cárcel: ver al tumbero más violento, al más poderoso, permitirse esos momentos de fragilidad o vulnerabilidad, siempre en fechas muy puntuales, ¿no? Porque la melancolía llegaba con el calendario: el día de la madre y las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Son fechas que se viven con mucha emotividad, mucha nostalgia. En las fiestas, me acuerdo, la nostalgia nos invadía, es como que te dabas cuenta que estabas encerrado. Después durante el resto de los días estabas como en un trance, pero con las fiestas nos ganaba el bajón: estar encerrado en el mejor momento para no estar encerrado, en el momento de la celebración. Ahora, yo siempre fui un pibe más de la fragilidad. Si bien iba a la calle, el hecho de terminar la escuela, la primaria, es un ejemplo de fragilidad entendida positivamente: porque seguía apostando a algo. Yo podría haberme lanzado a las fauces de la calle no a los catorce o quince como lo hice sino a los doce, como el resto de los pibes. La gran mayoría de los pibes empiezan a robar a los once o doce años, y yo decidí terminar la primaria, de no salir a robar, de estar cerca de los pibes, pero no dar ese paso porque sentía que no tenía ese coraje, esa sangre. Hasta que en un momento me ganó el resentimiento, la angustia y el cansancio de no tener nada. Y de golpe ya estaba en la calle... No te das cuenta en qué momento empezás a robar, y eso es algo que quise reflejar también en el libro. El lector no entiende en qué momento decido empezar a robar. Sucede. Y una vez que sucede ya empezó el vértigo, a la semana era un integrante estable. Todo fue muy rápido.

Mira, desde que empiezo a robar hasta que caigo en cana, con toda la furia, si fue un año, es mucho. Pero en ese año pasaron diez vidas, esa es la percepción que tengo de ese año. Y todavía tengo las resonancias de esos meses, y fue muy poco tiempo, pero vividos con mucha intensidad, con mucha velocidad.

**Justamente hay una frase del libro donde decís “necesitaba ejercer la violencia para frenar la que se ejercía sobre mí”.**

La violencia que la sociedad y los otros pibes ejercían sobre mí. Porque como me veían que no era tan severo como ellos, siempre me encontraba peleando hasta que di ese paso. Dar ese paso es como entregarse casi a la muerte, porque desde el primer momento sabes cómo termina la cosa, sabes que terminas preso o muerto, no hay mucha vuelta. No existe la tercera posición en el mundo de la calle. Esto lo puedo pensar ahora, en aquel momento era intuitivo, no lo podía poner en palabras, pero lo sentía. No me lo justificaba diciendo “voy a devolverle a la sociedad...” No, era algo que lo sentía, sentía “que vida de mierda que tengo” y buscaba ver como la puedo por lo menos edulcorar o adornar con algo, aunque sea por un rato.

**En un momento decís: “En esos tiempos, el barrio se unía para defender a los pibes chorros y enfrentarse con la policía”. ¿Qué pasa ahora en el barrio?**

Mirá, los otros días estuve en Córdoba y alguien me destacó los capítulos del 2001 desde la óptica de los saqueadores. Esa persona me decía que hoy estamos peor que en el 2001 y me preguntaba... “¿vos crees que pueda haber otro estallido social con saqueos?” Y yo le decía, mirá el año pasado, después de las PASO, hubo algunos saqueos muy puntuales y muchos rumores empezaron a circular. Pero acá, en mi barrio no pasó nada, no se movió nadie, no ladró ni un perro. La gente ya estaba mal el año pasado pero los rumores no tuvieron acompañamiento. Cambio mucho la moral del barrio con el robo en general y con la figura del pibe chorro. El pibe chorro que, en otro momento, no te digo que era exaltado por los vecinos, pero había una mirada más piadosa, más empática, un entendimiento... eran “nuestros hijos”, eran “los chicos del barrio”. Los vecinos los escondían en la casa y le mentían a la policía. Pero eso fue cambiando, por eso hoy día la gente del barrio entrega a los pibes, los va a entregar en el momento o los va a entregar después. Existe la figura del vecino que denuncia, existe la figura del vecino que aplaude a la policía, a los gendarmes. Y te digo que es un noventa y cinco por ciento eso.

**Me parece que esa antipatía vecinal hay que leerla al lado de algunas otras transformaciones en la cultura criminal plebeya que han tenido lugar en esos mismos barrios, ¿no? Te pregunto: ¿Qué ha cambiado del delito callejero que vos protagonizabas al delito callejero hoy día?**

Mira, en primer lugar, en mi época no existían los celulares. Hoy el pibe que está pasado de gira a las siete de la mañana sabe que puede ir hasta la parada del bondi y encontrará a un laburante que tiene un celular encima al que lo puede hacer plata rápidamente, sabe que tiene un “fijo” asegurado. Antes si vos querías ir a robar a la parada de un colectivo solo te ibas a encontrar con unas monedas para pagar el boleto. Además no se te ocurría ir a robar a una parada lleno de laburantes. El rastrero existió siempre, pero el pibe de hoy sabe que en la parada puede encontrar a una persona, y no importa que sea un vecino del barrio, que le puede sacar rápidamente un objeto que le da un “fijo” económicamente hablando. Yo antes me enojaba con los vecinos cuando celebraban a la policía, pero después te das cuenta que ahora existe el robo en las paradas de los colectivos a los propios vecinos. Eso en mi época no existía y cuando encima te enterabas quien era, lo ibas a buscar y se comía un escarnio y no lo volvía a hacer. Entonces, es entendible que la gente esté más tranquila en la parada del bondi si ve que hay gendarmes a la hora de mayor caudal de gente. Son los mismos gendarmes que después verduguean a los laburantes los viernes y los sábados a la noche para que se metan adentro de sus casas. Porque acá rige un toque de queda, todos los fines de semana te mandan a guardar. Te lo impone la gendarmería y el miedo que tienen los vecinos. Entonces, el reclamo del vecino es genuino, no es una pose: saben que, frente a la rapiña, la presencia del gendarme, puede disuadir a los pibes. Ahora, hoy ya se empieza a ver otra vez una disgregación social. No solo falta laburo, sino que al laburante no le alcanza. Antes en mi época, nosotros teníamos una mirada despectiva sobre el “gil laburante”. Para nosotros el albañil era un “gil”, pero veíamos que la guita le alcanzaba para vivir, para planificar, para comprarse su auto, para tener las mismas zapatillas que nosotros teníamos. Al tipo lo explotaban doce horas por día, pero llegaba el viernes a la noche y lo veíamos de punta en blanco y escabiendo algo. Hoy no. Los otros días una almacenera del barrio me dijo “César, nunca vendí tan pocas birras como este año”, y no porque los pibes se hayan “rescatado”, porque no quieren tomar, sino porque no pueden, no hay guita. Quiero decirte, hoy al albañil no le alcanza la plata, tiene la vida desorganizada. Bueno todo eso empuja a que broten los niños resentidos. Yo veo cada vez más pibitos, más chicos, más violentos, más sacados, y sacados acá, en el barrio donde viven.

**¿Hablas con los pibes hoy día? ¿Qué te dicen? ¿Qué les decís?**

Yo trato de hablarles siempre. Hasta el año pasado podía ofrecerles algo, podía decirles “te consigo un Progresar”, “metelete pilas que conseguimos una beca de nosequé”, les

podía hasta pagar si los sumaba en algo en alguna película o corto que estaba haciendo, para que hagan música... Hoy son solo palabras y me tengo que cuidar porque se me pueden enojar, porque te increpan. Y esto es muy triste, porque a fin de cuentas es una clase que lucha contra sí misma. ¿A quién le roban hoy los pibes? Le roban a un UBER al DIDI, al de Pedidos Ya, al que está en la parada de un bondi, al que tienen más cerca, más a mano. Le están robando a un par que posiblemente pueda ser un familiar suyo, o el hijo de un vecino de toda la vida. Y eso esta creciendo día a día. Y lo percibo en términos sonoros. Todo el día se escuchan tiros, gritos, los ladridos de los perros, las sirenas de policía que anda con carta blanca. No era que esto antes no pasaba, pero ahora es todo el tiempo, más continuo. Y ahora lo siento mucho más porque mi hija cumplió trece años. Ella la mitad de la semana está acá y la otra en un departamento en Capital con la madre. Ella ama la vida del barrio, y acá viene y es el contraste es absoluto, lo tiene como idealizado al barrio. Me hace acordar a mí cuando tenía veinte años y acababa de salir de estar en cana y en todas las entrevistas que me hacían decía que “la villa era sagrada”. Y ahora, como padre, cuando ella sale a comprar algo tengo que estar muy atento, porque acá un segundo que te descuidás y perdiste. La desgracia no te avisa. No es como los tsunamis viste que un día antes los animalitos se retiran, los pájaros dejan de cantar, los perros ladran raro. Acá no, ojalá los pajaritos avisaran. Me pasa a mí. Por ejemplo, los otros días, hace como un mes, salgo a comprar algo por el barrio, hago solo cinco metros, apenas paso el portón de casa y veo que frena un Pedido Ya y se le pega otra moto con dos pibes, uno de ellos le remonta la pistola al tipo para sacarle la moto. Y los conocía a los pibitos esos, de hecho, uno me miró con cierta vergüenza y yo que con la mirada les decía “fijate que te quedó el martillo para atrás”, porque cuando remontás la pistola y te queda el martillo para atrás un movimiento en falso y se te puede escapar un tiro. Y yo me quedé congelado, y el tipo del Pedido Ya llorando. Hace dos días, empiezo a escuchar gritos desgarradores, salgo y le habían robado a un DIDI; hace una semana atrás lo mismo, salgo y le habían roto la cabeza a otro DIDI, y esto es así todo el tiempo. Esto hasta el año pasado no pasaba, porque el pibe, a diferencia de lo que yo veía en el albañil, que decía es un trabajo explotado, pero para algo le sirve. Hoy los pibes ven que ese mismo trabajador no se puede comprar un paquete de puchos Phillippe Morris, se tiene que comprar Red Point, ya no puede comprarse una Quilmes sino que se tiene que comprar una Palermo. Son imágenes y sonidos muy precisos que dan cuenta de una realidad social que se está emputeciendo. Me gustaría que todo eso que digo en el libro sobre “la sangre cayendo de las ventanas de mi casa mientras estoy escribiendo” sea una metáfora, pero sucede todo el tiempo. Y esta frase la peleé para que quede porque la editora quería sacarla, quería sacar este tipo de frases para quedarnos con la prosa y la crónica. Yo dije “no no para..., porque yo estoy escribiendo desde acá, en la villa”. Nunca me pude mudar de acá y no por sentimiento a las raíces, sino porque no pude, porque nunca me dio la economía para mudarme.

**Sin violencia no hay mafia. Podrías contarnos, a partir de tu experiencia vital y reflexiva, ¿qué entendés o qué se entiende con esa palabra, qué tipo de acciones entran en ella?**

Mafia, por lo menos en mi barrio, siempre fue un concepto cargado de romanticismo, siempre fue el grado máximo de la delincuencia. Una idea nutrida por un imaginario hecho con muchas películas, por cierto. Para mí el cine y la vida son como el huevo y la gallina, no sabes qué fue primero. Con la delincuencia en los barrios y la violencia sucede lo mismo: No sabes si el cine reflejó la realidad o fue a la inversa, si los pibes se subieron a una película, si la realidad es el reflejo del cine. En mi barrio, cualquier banda que se dedicaba a “robar bien”, en zonas de alto poder adquisitivo, o algún que otro blindado o robo de bancos, automáticamente le decíamos “la mafia”. Pero “mafia” no tenía la connotación que tiene ahora. Hoy la mafia es el sicario, es el negocio a costa de cualquier cosa, inclusive del asesinato de un par, de un vecino.

**Hablemos del transa. ¿Cómo ha influido la expansión de los transas en el barrio, como afectó al delito callejero?**

Antes, cuando tenía quince o dieciséis años y era un pibe chorro, un transa no me podía mirar a los ojos. Estaba en una escala inferior a los delincuentes, tenía que rendir pleitesías y pagar “la prote” [protección]. Hoy en los barrios es al revés. No te digo que los delincuentes le agachen la mirada al transa, eso no pasa. Pero el transa tiene un lugar importante en el barrio. Mira, cuando una persona estuvo diez o quince años en la cárcel y llega al barrio lo primero que quiere hacer es ir a cagar a tiros al transa. Salen loquitos con eso, porque cuando él cayó preso el transa tenía un poder muy reducido a nivel territorial y a nivel simbólico. Hoy ya no es así. No se adaptan a la nueva realidad, tardan en adaptarse. Por eso el primer choque es hacerse el loquito. Y pasa con todo... Cuando vos escuchas tiros al aire en el barrio es un tipo que estuvo en cana y acaba de salir y cree que está en el 2005 cuando eso se podía hacer. Hoy lo haces y tenés a los gendarmes encima rodeándote porque el barrio está lleno de cámaras de seguridad que te vieron tirar o los vecinos te denunciaron.

Ahora, por un lado, tenés al transa, pero también tenés al delincuente inversor, que es el que pone plata en drogas, que empezó robando y luego pone la plata en drogas, como si fuera un plazo fijo. Tenés el transa inversor, que es el que pone plata en el delito. Pero después tenés a la gente que “josea”, que es el que se ve obligado a vender droga porque no le alcanza, sea un laburante o un chorro. El “joseo” es una readaptación del *hustle*, que son los negros de Estados Unidos que venden de forma ambulatoria, que se van moviendo como las golondrinas, que ya no están en un punto fijo como era en mi época que vos ibas a la casa del transa que quedaba siempre en el mismo lugar. Y esta figura es

bien de ahora. “Sali a josexar”, “estoy josexando”. Los otros días le compre un porro a un pibe, obrero, sano, que nunca se involucró en nada y me dice “No Cesar, estoy josexando un toque porque me echaron del laburo”. Y esto es muy triste porque además esos pibes son consumidores. Además, cambió el hábito del consumo, porque como la droga es cara, la usan de forma distinta. Antes se la tomaba, hoy para sacarle más beneficio la queman en una cuchara con bicarbonato. Hoy, si querés tener una buena gira y no llegas a comprarte la cantidad de bolsas que necesitas y que te podías comprar hace un tiempo atrás, la pones en una cuchara con bicarbonato. Hoy la guita te alcanza para un tercio, pero para que te rinda como esas diez bolsas de hace dos años. Entonces, ¿qué hacen los pibes? La queman para tener un subidón más rápido porque entra más cantidad de cocaína, pero a su vez es más adictivo. Un pase antes era cada veinte minutos, y esto es cada tres o cinco minutos. Es como el paco pero sin ser el paco. Pero esto no es el descarte, sigue siendo la cocaína, pero usada bajo un método que puede rendir más, y que es más destructivo.

**Hablemos de Jean Genet, un autor que leíste y citas seguidamente. En el libro *El niño criminal* dice Genet: “se necesita una frescura altanera y una hermosa osadía para oponerse a una sociedad tan fuerte”. Y agrega enseguida: “necesitaba un lenguaje que ayude a aventurarse”. “Entonces serán crueles para agudizar aún más la crueldad con la que resplandecerán los niños”. El tono que elegiste para el libro, el temperamento, ¿forma parte de un ejercicio similar?**

Sí. Cuando decidí escribir sobre mi vida dije voy a ir a fondo, voy a contar las cosas con la máxima crudeza. No puedo mentir a los otros, pero tampoco puedo mentirme a mí mismo. Además, escribí el libro con bronca, por el hecho de que en ese momento, incluso, no tenía un mango y la estaba pasando muy mal, yo para el 2020 ya tenía un recorrido y la estaba pasando muy mal.

**Hay otro fragmento de ese libro de Genet, donde dice: “pensar merece si provoca”. Esta frase nos recuerda a esta otra de Elías Canetti: “el verdadero escritor es el perro de su tiempo”. Y a nosotros nos parece que este libro tuyo es también un ejercicio de provocación, un libro que muestra los dientes, que quiere embestir contra nuestro correccionismo bienpensante. Vos decís en un momento en el libro “robar es una minúscula revancha”, y a nosotros nos parece que la escritura de *El niño resentido* es una prolongación por otros medios de esa misma revancha.**

Sin duda. Mirá, lo pienso y lo vengo diciendo en varios lugares, que el termino “justicia poética” a mí no me llega como algo lírico o abstracto, me llega como una cosa bien concreta. Yo siento, y esto desde *Cordero atado*, que con la escritura podía lograr hacerle

cosquillas a un poder que de otra forma no hubiese podido. Sea el poder judicial, el poder de las ciencias sociales, o el poder del sentido común de la sociedad. Yo nunca logré que los jueces que me condenaron, a los que les presenté habeas corpus y varios escritos, el tribunal penal tres de San Martín, me dieran pelota. Pero cuando empecé a ser conocido, no te digo que me empezaron a tener miedo, pero me reconocieron, se dieron cuenta que tenían a un condenado desatado. A mí me encanta lo que dice Delleuze que tanto el esclavo como el libre son dos figuras o dos entidades que uno las puede leer, uno las puede descifrar, las entiende. Ahora el inatrapable, en términos de pensamiento, es el esclavo liberado, los postlincoln. Y fijate lo que les pasa a los esclavos liberados en el sur, de Texas: las leyes Jim Crow. Se les viene una que es peor y ellos quedan en un limbo, pero también de novedad absoluta. Por eso, cuando yo pienso en la “justicia poética” la pienso en términos de materialismo histórico. Yo con un poema o con este libro, logré penetrar poderes que de otra forma no hubiese podido. Ahora, cuando lo escribía pensaba también en las víctimas y no quería que quede como una cosa fetichista del robo, pero tenía que contarla, y eso que no cuento ni el diez por ciento de todo lo que hice, de todas las que viví, porque me pareció que había situaciones que no daban, que eran un montón de mucho, que hasta mí me resultaban chocante.

### **Hablando de “justicia poética”, ¿leíste el libro de Julián Axat *Diario de un defensor de pibes chorros*?**

Leí una gran reseña y un fragmento del libro que salió en Radar, pero raro que no lo haya hecho llegar, porque siempre me acerca sus libros. Lo respeto y lo quiero muchísimo porque bueno... más allá de que sea un amigo de hace muchos años, él fue fundamental para lograr la libertad de Alan [Garvey]. Él se movió, habló hasta con la jueza y se valora muchísimo. Porque si no Alan estaría todavía enrejado.

### **¿Se viene la segunda parte de *El niño resentido*?**

Siiiiii, y no sabés la lucha que tengo con la escritura, es un trabajo de tensión permanente, de cansancio mental, espiritual y físico también. Porque uno tiene que revolver la mierda que ya había superado y porque además yo me resistía transformarme en un caso biográfico. No hice películas o poemas que solamente transcurren o hablan de la villa, sino que me puse a pensar el cine como hice en *El fetichismo de la marginalidad*. Por suerte conocí el método Jack London y desde entonces me impuse escribir mil palabras por día. Y en eso estoy, tratando de escribir esas mil palabras por día. A veces llevo arrastrado porque me faltan catorce. Pero sufro porque no quiero escribir más sobre la cárcel, sobre todo lo que pasé en la cárcel, porque quería olvidar. A mí, sobre todo, lo que más me afecta son los pibes que murieron. Los pibes que estuvieron presos conmigo

y murieron son amigos que no pude despedir. A los pibes del barrio que murieron, mis grandes amigos, los pude despedir... al Peca, a Donato a Mario... pude despedirlos y luego hacer el duelo. Pero que se te muera un amigo que está en la tumba y volver a hablar de ello... no es fácil. Porque también estoy todo el tiempo pensando porqué yo quedé vivo. Estoy con ese trauma que tienen los sobrevivientes de los setenta que estuvieron chupados, que cargan con la sospecha de que delataron o algo raro hay. Entonces es una lucha la escritura, porque estoy escribiendo algo que no me hace feliz. Además, porque yo me considero cineasta, la vida se la dediqué más al cine. Por eso lo que escribo está lleno de imágenes, no es una escritura psicológica. A pesar de que el cine nunca me trajo una alegría económica, al contrario, siempre me trajo dolores de cabeza, incluso con la gente del barrio que creía que yo me había hecho millonario y que seguía viviendo en la villa para hacerme el pobre, hasta que pasaron los años y ven que no tengo un cobre...

**Bueno si te sacas una foto con Moria Casan a la gente la confundís.**

(Risas) Lo sé, pero bueno es así. A mí los mensajes más lindos que me llegan son los de las maestras o maestros que me cuentan que están leyendo uno de mis libros en el aula y me mandan un video de los pibitos saludando, conmovidos, preguntando si me pueden entrevistar... Eso me reconforta más que cualquier otra cosa. Se está leyendo el libro en los barrios, los pibes lo leen. Ayudó la escritura fragmentada, que capta la velocidad que tenían los hechos, pero también colabora en la lectura de los pibes que no están acostumbrados a leer novelas, que no pueden largar el celular más de una hora. Y eso fue también una decisión de la editora a la que yo le agradezco un montón, siempre muy sensible, muy comprometida, con sugerencias siempre acordes. Obviamente yo siempre tuve la última palabra, pero solté, aprendía a soltar. *El niño resentido* se puede leer con el celular al lado. Como tantas otras cosas: porque el obrero de la construcción también está martillando con el celular en la otra mano.